

Ut unum sint y el ecumenismo de los mártires

Sergio Tanzarella

1. Un martirologio común
2. Recuperar la memoria de los mártires
3. Testimonios de mártires para todos los cristianos
4. Papa Francisco: para los perseguidores son indistintamente sólo cristianos
5. Un reconocimiento inesperado

1. Un martirologio común

La última parte del largo pontificado de Juan Pablo II tiene, entre otros elementos recurrentes, una insistencia en dos temas que considero fuertemente conectados: el martirio y la purificación de la memoria, ambos con una fuerte relación con el ecumenismo. Como es sabido, en la encíclica *Ut unum sint*, Juan Pablo II dedica varios pasajes muy intensos al martirio cristiano como realidad en la que se realiza de forma clara y concreta el ecumenismo, una realización que rompe todas las barreras y todas las vertientes del pasado y del presente. Desde esta perspectiva, podemos decir que los mártires cristianos están ya más allá de todas las divisiones y, con su testimonio de Cristo, crean una comunidad cristiana ejemplar que vive ya en el reino de Dios.

"El valiente testimonio de tantos mártires de nuestro siglo, pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Iglesia católica, da una nueva fuerza al llamamiento del Concilio y nos recuerda nuestra obligación de aceptar y poner en práctica su exhortación. Estos hermanos y hermanas nuestros, unidos en la ofrenda generosa de sus vidas por el Reino de Dios, son la prueba más significativa de que todo elemento de división puede ser trascendido y superado en la entrega total de sí mismo a la causa del Evangelio".

No era la primera vez que un Papa reconocía el martirio de los fieles de otras confesiones, en contraste con la opción que se había establecido a lo largo de los siglos según la cual cada confesión cristiana sólo celebraba y reconocía a sus propios mártires, también porque muchos habían sido martirizados por otros cristianos. Por el contrario, basta recor-

dar aquí la homilía de Pablo VI durante el Concilio Vaticano II para la canonización de los mártires ugandeses

"¿Quién iba a suponer, por ejemplo, que a las conmovedoras historias de los mártires escilitanos, de los mártires cartagineses, de los mártires de la "Massa candida" uticense, de los que San Agustín y Prudencio nos han dejado el recuerdo, de los mártires de Egipto, de los que conservamos la alabanza de San Juan Crisóstomo, de los mártires de la persecución

Quién podía prever que a las grandes figuras históricas de los santos mártires y confesores africanos, como Cipriano, Felicita y Perpetua y el supremo Agustín, asociáramos un día los apreciados nombres de Carlos el Bautista. ¿Quién podía prever que a las grandes figuras históricas de los Santos Mártires y Confesores africanos, como Cipriano, Felicita y Perpetua y el supremo Agustín, asociáramos un día los queridos nombres de Carlos Lwanga, y Matías Mulumba Kalemba, con sus veinte compañeros? Tampoco queremos olvidar a los demás que, perteneciendo a la denominación anglicana, se han enfrentado a la muerte por el nombre de Cristo.

Y el discurso, años después, pronunciado en Uganda ante miembros de la Iglesia Anglicana:

"Queríamos conocer a la Iglesia Anglicana, que está prosperando en este país. Hemos querido rendir homenaje a esos hijos de los que se siente tan orgullosa; aquellos que -junto a nuestros mártires católicos- dieron el generoso testimonio de sus vidas al Evangelio del Señor que tenemos en común, a Jesucristo. A todos ellos se les aplica la misma palabra inspirada de alabanza: 'En la fe todos estos murieron, no recibiendo los bienes prometidos, sino viéndolos y saludándolos de lejos y profesando ser extranjeros y peregrinos en la tierra' (Hebr. 11, 13)".

Este reconocimiento del martirio más allá de las confesiones se fue abriendo paso y Juan Pablo II lo desarrolló ya en 1994 al final del Vía Crucis, cuyas meditaciones habían sido autorizadas por el Patriarca de Constantinopla Bartolomé I,

"Pensé en estos otros colosianos, muy numerosos, en estos otros "Montes de cruces" que están al otro lado, a través de la Rusia europea, a través de Siberia, tantos "Montes de cruces", tantos colosianos de los nuevos tiempos.

Quisiera decir hoy a este hermano mío de Constantinopla, a todos estos hermanos nuestros de Oriente: queridos, estamos unidos en estos mártires entre Roma, el "Monte de las Cruces" y las islas Solovieskj y tantos otros campos de exterminio.

Estamos unidos con el trasfondo de los mártires, no podemos sino estar unidos".

Es precisamente este trasfondo común el que se retoma en ese año gracias a Tertio millennio adveniente en la dimensión de la superación de las divisiones en el seno de la cristiandad, porque "el testimonio de Cristo hasta el derramamiento de sangre se ha convertido en patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes". El reconocimiento de esta riqueza común de testimonios.

"no puede sino tener un aliento y una elocuencia ecuménicos. El ecumenismo de los santos, de los mártires, es quizás el más convincente. La *communio sanctorum* habla con más fuerza que los factores de división. El martirologio de los primeros siglos constituía la base del culto a los santos. Al proclamar y venerar la santidad de sus hijos e hijas, la Iglesia dio el honor supremo a Dios mismo; en los mártires veneró a Cristo, que estaba en el origen de su martirio y santidad. Posteriormente, se desarrolló la práctica de la canonización, que aún continúa en las Iglesias católica y ortodoxa. En los últimos años se han multiplicado las canonizaciones y beatificaciones. Muestran la vitalidad de las Iglesias locales, mucho más numerosas hoy que en los primeros siglos y el primer milenio. El mayor homenaje que todas las Iglesias rendirán a Cristo en el umbral del tercer milenio será la demostración de la presencia omnipotente del Redentor a través de los frutos de la fe, la esperanza y la caridad en hombres y mujeres de muchas lenguas y razas, que han seguido a Cristo en las diversas formas de la vocación cristiana".

Estas palabras son un fuerte recordatorio de la tarea de la memoria, que debe ser recuperada y preservada. A la responsabilidad de no permitir que el olvido generalizado destruya la memoria de los testigos de los mártires. Pero también son una invitación al compromiso de discernir la presencia de Dios en el tiempo presente, en el reconocimiento de los que dan testimonio de él hoy:

"Reconocer a los mártires significa entonces aceptar la invitación a la conversión que su ejemplo profético no deja de gritar a las iglesias. Sin embargo, esta verdad esencial revela también la obtusidad y la necedad de la actitud contraria de quienes se engañan honrando a los mártires del pasado, sin reconocer el poder de Dios que actúa en aquellos que el

Espíritu, por nosotros hoy, ha conformado a Cristo. ¿Qué significa, en efecto, conjugar el ministerio y el martirio en la no obviedad de la vida cotidiana, si no es creer que en las cosas de Dios la primacía se debe al amor y no al plan?".

Estas palabras, junto con las pronunciadas en el Coliseo, donde los mártires cristianos, todos los mártires sin distinción de confesiones, son recordados por el Papa como el elemento sobre el que se construye la unidad, son retomadas en la introducción de *Ut unum sint* donde ese testimonio se define como un desafío que compromete a todos los cristianos a superar la aberrante lógica de las oposiciones y los prejuicios que cavan los cimientos de los muros de separación.

"Nadie puede dejar de ver el reto que esto supone para los creyentes. No pueden dejar de aceptarlo. En efecto, ¿cómo podrían negarse a hacer todo lo posible, con la ayuda de Dios, para derribar los muros de la división y de la desconfianza, para superar los obstáculos y los prejuicios que impiden el anuncio del Evangelio de la salvación por la Cruz de Jesús, único Redentor del hombre, de todo hombre?"

Será entonces en el seno del *Ut unum sint* donde el Papa llegará a hablar de un "Martirologio común" que da testimonio de una comunión perfecta con Cristo, una comunión en la que todas las separaciones de las confesiones individuales son superadas en la unión con Cristo. Es, pues, el martirio el que permite borrar las distancias y refundar una comunidad cristiana que durante demasiados siglos estuvo desunida y sometida a devastadores contrastes internos.

"En una visión teocéntrica, los cristianos ya tenemos un Martirologio común. También incluye a los mártires de nuestro siglo, más numerosos de lo que pensamos, y muestra cómo, a un nivel profundo, Dios mantiene la comunión entre los bautizados en la exigencia suprema de la fe, manifestada en el sacrificio de la vida. Si se puede morir por la fe, esto demuestra que se puede alcanzar la meta cuando se trata de otras formas de la misma exigencia. Ya he constatado, y con alegría, cómo la comunión, imperfecta pero real, se mantiene y crece en muchos niveles de la vida eclesial. Ahora creo que ya es perfecta en lo que todos consideramos la cúspide de la vida de la gracia, el martirio hasta la muerte, la comunión más verdadera que existe con Cristo que derramó su sangre y, en este sacrificio, hace que los que antes estaban lejos se conviertan en vecinos (cf. Ef 2,13)".

Los cristianos mártires han demostrado en la historia que existe una alternativa poderosa y desarmante a la lógica despiadada del odio y la venganza, como observó Juan Pablo II:

"Allí donde el odio parecía contaminar toda la vida sin posibilidad de escapar a su lógica, ellos han manifestado cómo "el amor es más fuerte que la muerte"". Dentro de terribles sistemas de opresión, que desfiguran al ser humano, en lugares de dolor, en medio de duras privaciones, en marchas sin sentido, expuestos al frío, al hambre, torturados, sufriendo de tantas maneras, han hecho resonar con fuerza su adhesión a Cristo, muerto y resucitado [...]. Muchos se negaron a someterse al culto de los ídolos del siglo XX, y fueron sacrificados por el comunismo, el nazismo, la idolatría del Estado o de la raza. Muchos otros cayeron en el curso de guerras étnicas o tribales, porque habían rechazado una lógica ajena al Evangelio de Cristo. Algunos han encontrado la muerte porque, siguiendo el modelo del Buen Pastor, han querido permanecer con sus fieles, a pesar de las amenazas. En todos los continentes y a lo largo del siglo XX, hubo quienes prefirieron ser asesinados antes que fracasar en su misión. Los religiosos y religiosas han vivido su consagración hasta el derramamiento de sangre. Hombres y mujeres creyentes han muerto ofreciendo su vida por amor a sus hermanos, especialmente a los más pobres y débiles.

Pero la historia de los mártires muestra qué camino se puede tomar para superar las divisiones que se han creado dolorosamente a lo largo de la historia del cristianismo y que aún caracterizan al cristianismo. Estas divisiones sí pueden recomponerse ante la fidelidad a Cristo vivida por los mártires, porque

"la preciosa herencia que estos valientes testigos nos han transmitido es un patrimonio común de todas las Iglesias y de todas las Comunidades eclesiales. Es una herencia que habla con una voz más fuerte que los factores de división. El ecumenismo de los mártires y de los testigos de la fe es el más convincente; señala el camino de la unidad de los cristianos en el siglo XXI. Es la herencia de la Cruz vivida a la luz de la Pascua: una herencia que enriquece y sostiene a los cristianos al entrar en el nuevo milenio.

2. Recuperar la memoria de los mártires

Ya no es sólo, como en el pasado, el "odio a la fe" lo que mueve la mano de los asesinos, sino el "odio al amor", el "odio a las conciencias libres y conscientes de sí mismas y de su misión en el mundo". En efecto,

los mártires no fueron asesinados por error, sino porque amaban a todos los que estaban en condiciones de marginalidad e injusticia. Intentaron humanizar las condiciones inhumanas en las que muchos se veían obligados a vivir. No los mataron porque tenían fe, sino porque teniendo fe amaban.

Es evidente que este amor no es un sentimiento genérico carente de consecuencias, porque es un amor que no se alinea en nombre de una confesión cristiana particular, sino por la causa de la justicia, por el respeto a la persona, por la defensa de la inviolabilidad de la vida de los individuos y de los pueblos. Un amor, por tanto, peligroso, porque niega cualquier colateralidad con el poder y porque puede costar la muerte, pero no sólo la muerte. Para los mártires de todas las confesiones, siempre acecha el olvido, el intento de los poderes de hacerles olvidar, en el sentido de hacerles caer del corazón y anular las responsabilidades de los perseguidores.

Esta es otra de las razones por las que Juan Pablo II caracterizó los últimos años de su pontificado con la propuesta, vinculada al Jubileo del Año 2000, del recuerdo de los mártires del siglo XX y la purificación de la memoria, que no puede ser sólo el reconocimiento de las faltas y pecados cometidos, sino que debe considerar y recordar positivamente el testimonio de los mártires. Un martirio que tiene lugar tanto en las naciones en las que los cristianos siguen siendo abiertamente opuestos y perseguidos como en aquellas en las que hay una mayoría cristiana y la religión cristiana, en sus diversas confesiones, está oficialmente reconocida y a menudo garantizada. No es raro que la mano que mata sea cristiana o que la persona que da la orden de matar sea también cristiana. La verdad es que el martirio de los cristianos en el siglo XX parece haber sido causado no por un malentendido o una mala interpretación, sino por el propio fundamento de la fe y sus consecuencias. Por ello, la recuperación de la memoria de los mártires aparece como una opción necesaria para entender la propia historia de las comunidades cristianas y hasta qué punto esta recuperación está ligada al proceso de purificación de la memoria deseado, diría hoy en vano, por Juan Pablo II. En efecto, la purificación de la memoria como recuperación de la historia no puede referirse sólo a los errores y pecados cometidos, sino que debe incluir ese lugar positivo que constituye el testimonio de los mártires:

"Un signo perenne, pero hoy particularmente elocuente, de la verdad del amor cristiano es la memoria de los mártires. Que su testimonio no sea olvidado".

Los mártires son tan distantes del mito del heroísmo griego y tan ajenos a la fuerza de la indiferencia de los estoicos. Son realmente los que

han roto la espiral de la venganza interrumpiendo la cadena de contagio mimético e insertando en ella la variante imprevisible del perdón y la gratuidad que supera toda lógica sacrificial. Esas lógicas que justifican la violencia, como ha observado R. Girard, parecen haber sido desenmascaradas definitivamente, gracias a Cristo y después de él, al revelarse plenamente las cosas que estaban ocultas desde la fundación del mundo. Este es un proceso que concierne a todos los mártires cristianos sin distinción de confesión.

Es, por tanto, una petición exigente para no olvidar el testimonio de los mártires. Da en el clavo al advertir de uno de los peligros más frecuentes en un mundo que consume y desecha todo: considerar como inexistente lo que no es noticia vendible y reproducir sin cesar la mistificación mimética sacralizando la violencia, para imponer a la historia de las víctimas una inevitabilidad banal que las aprisiona en el anonimato y el olvido.

La realidad del martirio, en nuestro tiempo, se cruza con las miles y miles de historias de vidas sencillas y valientes. Vive lejos de la ensordecedora publicidad de los focos televisivos y del éxito. Existencias que son llamadas a las fronteras de la historia entre hombres y mujeres, y que ejercen su ministerio cuidando el presente más que su propia imagen. Cristianos que han asumido sistemáticamente la tarea de ser signos de contradicción incluso dentro de las comunidades, tanto civiles como cristianas, aceptando la consiguiente condición de aislamiento que fue el anuncio de su propia sentencia de muerte que se convirtió en martirio. Los cristianos que han testimoniado con el martirio, en nombre de la fe cristiana, el servicio y el reparto con los pobres para liberarse de cualquier poder político tiránico y dictatorial. Como escribió el cardenal Cassidy, en su día presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos:

"Todas las comunidades cristianas tienen mártires por la fe. Son hermanas y hermanos que, a pesar de la tragedia de nuestras divisiones, han conservado un apego a Cristo y a su Padre tan arraigado y absoluto que han sido capaces de llegar a derramar sangre.

Esta condición nos lleva a tomar conciencia de la urgencia y necesidad de repensar un ecumenismo desde abajo, desde la experiencia compartida de la persecución y la muerte. Es esta experiencia la que señala el camino:

Esta condición nos lleva a tomar conciencia de la urgencia de repensar un ecumenismo desde abajo, desde la experiencia compartida de la persecución y la muerte. Es esta experiencia la que señala el camino:

"Con el martirio no estamos en la periferia, sino en el centro de la fe cristiana, y por tanto el hecho de reconocernos como partícipes de la experiencia central, en el testimonio dado al único Señor, da a los cristianos una base muy sólida que les obliga a convertir su forma de pensar en el ecumenismo y la unidad. [...]. No es casualidad que entre las iglesias mártires actuales, como las de Oriente Medio, la reflexión teológica y la práctica eclesial en este ámbito estén mucho más avanzadas que en otras iglesias. Cuando ya existe un reparto real del sufrimiento, la división parece, pues, incomprensible y sin sentido, porque contradice la experiencia concreta"

3. Testimonios de mártires para todos los cristianos

En esta perspectiva, surge que el testimonio de los mártires es totalmente compartido por todos, más allá de cualquier división confesional y del propio cristianismo. Así lo demuestran las estatuas colocadas en la fachada de la Abadía de Westminster, justo encima del portal de entrada. Representan a 10 mártires cristianos sin distinción de confesiones: protestantes, anglicanos, ortodoxos, católicos. Entre otros, King, Bonhoeffer, Romero, este último colocado allí mucho antes de que la Iglesia católica lo reconociera como mártir tan tardíamente y no sin resistencia.

Pero las pruebas de esta "comunidad martirial" serían innumerables, quizá la de Pavel Florenskij las resume todas de forma ejemplar a través de unos escritos de extraordinario vigor e intensa espiritualidad de los que las siguientes palabras trazan un perfil y un itinerario para todo cristiano, de cualquier confesión, consciente de que su fe está siempre expuesta al martirio:

"La vida está hecha de tal manera que uno sólo puede dar algo al mundo y luego pagar el precio con sufrimiento y persecución. Y cuanto más desinteresado sea el regalo, más cruel será la persecución y más duro el sufrimiento. Tal es la ley de la vida, su axioma básico. Y aunque en tu corazón seas consciente de la irrevocabilidad y universalidad de esta ley, cuando te das de bruces con la realidad, con cada caso concreto, te choca como si fuera algo inesperado y nuevo. Con todo esto, te das cuenta de que no es correcto tu deseo de rechazar esta ley y sustituirla por la tranquila expectativa del hombre que ofrece su regalo a la humanidad; un regalo que no puede ser retribuido ni con monumentos, ni con panegíricos después de su muerte, ni con honores o dinero durante su vida. Por el contrario, por el don de la grandeza es el hombre quien debe pagar con su sangre. Y la sociedad hace todo lo posible para que estos dones no se le ofrezcan. Ningún hombre ilustre ha podido dar todo lo que era capaz de dar, porque se lo impidieron deliberadamente

todos los que le rodeaban. Y si no pueden impedirlo con violencia y persecución, se insinúan con halagos y regalos, para sobornarlo y seducirlo"

Martin Luther King cuenta que en 1956, cuando la lucha por la liberación de los negros en Estados Unidos estaba aún en pañales con las protestas de los autobuses en Alabama, atravesaba un periodo de gran tensión. Tras intervenir en un mitin de masas, se le acercó una tal Mama Pollard, una mujer anciana, pobre y poco instruida, pero en la vanguardia del movimiento por los derechos de los negros. Al captar el momento de crisis de King, le animó recordándole que el movimiento siempre estaría a su lado. Y añadió: "Pero aunque no estemos con vosotros, Dios cuidará de vosotros. Esa frase acompañaría al Rey durante los años de persecución, dándole luz, paz y guía. Con esta fe, King seguiría luchando por los derechos de los negros (independientemente de su religión o denominación) y por ello sería martirizado. Un martirio que habría producido consecuencias incalculables para la causa de los derechos civiles, que, aunque declarados, todavía no son real y completamente utilizables en los Estados Unidos. Pero el legado del testimonio martirial de King recorre toda su vida ejemplar de compromiso con la fe. Porque si Dios cuida de nosotros, nosotros debemos cuidar de los demás. Consciente de la proximidad de la muerte, que se hace patente en un sermón del 4 de febrero de 1968, apenas dos meses antes de su asesinato el 9 de abril, King afirma:

"No quiero un largo funeral. [...] Me pregunto qué me gustaría que dijeran. Dígales que no mencionen que he recibido el Premio Nobel de la Paz: eso no tiene importancia. Dígales que no mencionen que he recibido otros trescientos o cuatrocientos premios: eso no tiene importancia [...]. Me gustaría, en ese día, que alguien mencionara que M.L. King intentó dar su vida al servicio de los demás. Me gustaría que alguien dijera que M.L. King intentó amar a sus semejantes. Quiero que ese día diga que he tratado de ser objetivo en este tema de la guerra. Quiero que ese día digas que realmente he tratado de alimentar a los hambrientos. Y quiero que ese día pueda decir que realmente he intentado, en mi vida, vestir a los que estaban desnudos. Quiero que ese día puedas decir que sí he intentado en mi vida visitar a los encarcelados. Quiero que digas que he intentado amar y servir a la humanidad.

¿Qué denominación cristiana podría no reconocerse en estas palabras? Si, pues, descubrimos que Dios cuida de nosotros, entonces debemos cuidar del mundo, ya no huyendo de él ni condenándolo, sino acogiéndolo como un don del que tenemos una grave responsabilidad. Durante mucho tiempo la predicación cristiana fue por otro camino, el de la se-

paración y el de una espiritualidad desencarnada que suponía que era bueno, en nombre de un amor genérico a Dios, poder prescindir del cuidado de los seres humanos o ejercer un amor universal inofensivo. Los mártires del siglo XX nos muestran exactamente lo contrario. Como dijo Jacques Hamel, el vicepárroco de 86 años de la iglesia de Saint-Étienne-du-Rouvray en Rouen, Francia, que fue degollado en julio de 2016 por asesinos del ISIS:

"Podemos escuchar la invitación de Dios a cuidar este mundo, a hacerlo más cálido, más humano, más fraterno, allí donde estemos".

Esta invitación se traduce en un compromiso que los mártires asumieron en sus vidas, aunque en algunos casos sin ser plenamente conscientes de ello. Un orden de distinción de prioridades en la vida, el reconocimiento de la alteridad y la prioridad del ser humano sobre las cosas, el punto supremo de la existencia que está en relación. Dietrich Bonhoeffer lo comprendió bien durante el largo período de encarcelamiento que le llevaría al martirio, como escribió en agosto de 1944:

"Difícilmente hay un sentimiento más feliz que el de ser algo para otras personas. En esto no cuenta el número sino la intensidad. Al final, las relaciones interpersonales son sin duda lo más importante en la vida. [...] los hombres son más importantes en la vida que cualquier otra cosa. Esto no significa en absoluto un desprecio por el mundo de las cosas y el rendimiento práctico. Pero, ¿qué son para mí el libro, el cuadro, la casa, la propiedad más hermosa frente a mi mujer, mis padres, mi amigo? Por otra parte, sólo los que han encontrado realmente a la gente en la vida pueden hablar así. Sin embargo, para muchos hoy en día el hombre es sólo un componente del mundo de las cosas. Esto se debe a que simplemente carecen de la experiencia de lo humano.

En la inhumanidad de toda persecución, el mártir demuestra que ha experimentado y atesorado el cuidado de Dios y de lo humano más allá de todo límite, y es la fidelidad a este compromiso lo que deja a quienes quieren recordarlo, con todas las consecuencias imaginables o imprevisibles. El martirio cristiano es, por tanto, una realidad concreta hasta que se hace evanescente mediante convenientes espiritualizaciones devocionales. Es una realidad que recorre toda la historia de la Iglesia, cruzándose con mil historias de vidas sencillas y valientes. Vidas de aquellos que permanecieron insensibles al atractivo del poder y el éxito. Que se preocuparon más del presente que de su propia imagen o de la pertenencia a una determinada confesión, que testimoniaron con el martirio, en nombre de la fe cristiana como servicio y reparto con los pobres, la

liberación de cualquier poder político tiránico y dictatorial, aunque a veces se disfrace de democracias parlamentarias. Un poder político que está dispuesto a hacer concesiones y privilegios con tal de no denunciar la matanza de los pobres, la destrucción de la naturaleza, los mecanismos de exclusión social. Para los que se atreven a contradecir al poder y no complacerlo, se desencadena la persecución, que es un poco como la prueba de no estar afectado por esas 15 enfermedades de las que habló el Papa Francisco en el ya retirado discurso de Navidad a la Curia Romana el 22 de diciembre de 2014. Como sostenía Ignacio Ellacuría en uno de sus escritos publicados póstumamente:

"La persecución por el Reino constituye la prueba demostrativa de dos realidades fundamentales en la praxis histórica de la salvación: que la salvación anunciada se está haciendo históricamente presente, de lo contrario no habría persecución histórica; y que la salvación anunciada es real y verdaderamente cristiana, de lo contrario no sería contradicha y perseguida por quienes representan y objetivan valores anticristianos.

El problema, pues, no es situar el poder de Dios mediado por los hombres en la mejor de las realidades históricas, sino situarlo como Dios quiere. Y cómo lo quiere realmente, lo sabemos principalmente en Jesús, una vez que se mide el alcance de la situación concreta en la que hay que actuar. Jesús actualiza su mensaje de distintas formas y maneras, pero sigue siendo el criterio fundamental para enfrentarse al mundo en el nombre de Jesús mismo".

Pero esta invocada petición de desnudar la memoria choca abiertamente con la inevitabilidad del martirio, consecuencia del retraso y la incapacidad de comprenderlo por parte de las propias comunidades cristianas. Giuseppe Bellia escribe agudamente en la conclusión de uno de los mejores ensayos dedicados al martirio en Bonhoeffer:

"incluso los mártires de hoy, permanecen para muchos inconscientes, porque escapan a la captación de Iglesias y teologías inconversas, de aquellos que piensan utilizar su martirio para celebrar su estatus o para legitimar sus propias visiones. Sin embargo, en cierto modo, el retraso de los cristianos, de las Iglesias y de las teologías ante el martirio es estructural: al igual que la profecía, el martirio siempre nos pilla a contrapié. La verdadera respuesta a estos escollos radica, pues, en asumir la conversión como el estatuto epistemológico de las Iglesias y las teologías. Sólo de un corazón renovado puede salir una teología renovada del martirio, siempre que no lo imaginemos como la venganza de lo religioso sobre lo mundano o como la respuesta moral a la política, o peor aún, de la utopía sobre la realidad. El martirio cristiano es irreductiblemente

cristocéntrico y repite su naturaleza uniendo admirablemente indivisión e inconfusión, denuncia y perdón, naturaleza y gracia".

4. Papa Francisco: para los perseguidores son indistintamente los cristianos

Quisiera concluir, antes de dejarnos, con las palabras del Papa Francisco pronunciadas en tres de sus importantes discursos en los primeros días de su pontificado. Son palabras iluminadoras en las que se hace eco y se desarrolla lo que Juan Pablo II escribió en *Ut unum sint*. Luego han caracterizado los años siguientes en los que Francisco se ha encargado de reafirmarlos como una línea constante de su magisterio hecha de palabras, pero sobre todo de gestos, acciones y encuentros en los que el ecumenismo fundado en el martirio se ha convertido no en un aspecto más, sino en una propuesta concreta indispensable, diría que esencial, para todas las Iglesias cristianas:

"Así como en la Iglesia primitiva la sangre de los mártires se convirtió en semilla de nuevos cristianos, en nuestros días la sangre de muchos cristianos se ha convertido en semilla de unidad. El ecumenismo del sufrimiento, el ecumenismo del martirio, el ecumenismo de la sangre es una poderosa llamada a recorrer el camino de la reconciliación entre las Iglesias, con decisión y abandono confiado a la acción del Espíritu. Sentimos el deber de recorrer este camino de fraternidad también por la deuda de gratitud que tenemos con el sufrimiento de tantos hermanos nuestros, que se ha convertido en salvífico porque está unido a la pasión de Cristo.

Pero este deber de fraternidad y gratitud se hace evidente si aceptamos la invitación a una decisiva inversión de perspectiva, poniéndonos del lado del perseguidor y de lo que él ve en el que persigue y mata:

"no olvidéis que hoy la sangre de Jesús, derramada por sus numerosos mártires cristianos en diversas partes del mundo, nos interpela y nos impulsa a la unidad. Para los perseguidores, no estamos divididos, no somos luteranos, ortodoxos, evangélicos, católicos... ¡No! Somos uno. ¡Para los perseguidores somos cristianos! Nada más importa. Este es el Ecumenismo de la sangre que vivimos hoy.

Se trata, por tanto, de un impulso de unidad que va más allá de todas las separaciones, de todas las justificaciones de las divisiones, de todas las deudas con un pasado de violencia mutua y de falta de reconoci-

miento, y reclama abiertamente el compromiso de reconocer una unidad que ya se ha alcanzado en el martirio.

"Los mártires pertenecen a todas las Iglesias y su sufrimiento constituye un 'ecumenismo de la sangre' que trasciende las divisiones históricas entre los cristianos, llamándonos a todos a promover la unidad visible de los discípulos de Cristo".

5. Un reconocimiento inesperado

Pero esta unidad en el martirio puede tener consecuencias imprevisibles y extraordinarias porque llega a ser reconocida incluso por los no cristianos. Esto sucede cuando el futuro mártir, como auténtico testigo de Jesucristo, cumple en primer lugar la tarea de compartir con la gente. A menudo, en los relatos de los mártires contemporáneos aparecen vías de escape justificadas, posibilidades prudentes de abandonar los lugares fronterizos del testimonio cristiano. Pero el futuro mártir permanece en su lugar y no es que no tenga miedo o que desprecie la vida o que desafíe el peligro o al potencial perseguidor. Simplemente entiende que debe compartir el destino del pueblo del que se siente parte orgánica. Esta es la lección que nos ofrece el mártir Monseñor Romero:

"La misión de la Iglesia no puede ser diferente de la establecida por Jesucristo. Debe denunciar todo lo que atente contra la vida, la libertad y la dignidad humanas. No pide la vida, sino que da la vida para defender la vida. Mi función es ser la voz de esta Iglesia. El que se compromete con los pobres debe sufrir el mismo destino que ellos: desaparecer, ser torturado, ser asesinado. Como pastor de la Iglesia y del pueblo, estoy obligado a dar mi vida por los que amo".

La primera consecuencia del martirio cristiano, más allá de cualquier confesión, es esta lección de compartir profundamente, de renunciar a los privilegios del pasaporte, de la nacionalidad y del papel social. En muchos relatos de mártires contemporáneos vuelve a aparecer esta observación de la conciencia de que podía llegar una muerte violenta, pero que era necesario quedarse para compartir la suerte del pueblo hasta el final con un espíritu de auténtico ecumenismo sin armas. Los siete monjes cistercienses asesinados en 1996 en Argelia en el monasterio de Tibhirine son una prueba de esta dolorosa y consciente decisión. Sus pasaportes seguían siendo franceses, pero sus corazones y su presente eran ahora argelinos. Y este reparto, años después, sigue siendo misteriosamente reconocido no sólo en el mundo sino también en la comunidad musulmana local. Jean-Marie Lassausse, sacerdote de la Misión de Fran-

cia encargado de mantener abierto el monasterio, ante la imposibilidad de establecer una nueva comunidad monástica, describe la extraordinaria experiencia de la vida entre los muros y el jardín que antaño habitaron -y cuidaron durante sesenta años- los monjes que habían hecho su vida de la acogida, el intercambio y el diálogo con las familias musulmanas pobres del lugar:

"A toda persona que llama, se le abre la puerta. [...] hay muchos musulmanes que vienen a reunirse en la tumba de los monjes. Muertos, siguen dando testimonio de su vida entregada".

Lo mismo ocurrió con Ignacio Ellacuría y los cinco hermanos jesuitas de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Ciertamente, eran conscientes del peligro, pero estaban convencidos de que no debían abandonar al pueblo salvadoreño ni a los estudiantes de la universidad. Y a ellos habían dedicado su vida a través de la investigación académica. Beatrice Alamanni de Carillo, durante varios años fiscal de derechos humanos en El Salvador, escribe:

"El padre Ellacuría y también sus compañeros trabajaron y murieron precisamente para dar testimonio de la verdad, para buscar siempre la verdad. Esta verdad estaba basada en investigaciones académicas y científicas, auténticas e intachables, y por lo tanto válidas para sostener la tesis de la igualdad y la justicia social, para denunciar las violaciones de la ley humana y de la ley divina, situaciones que lamentablemente constituían el tejido social y político en El Salvador".

Por lo tanto, debido a esta decisión de continuar su trabajo académico y permanecer en El Salvador, fueron asesinados el 12 de noviembre de 1989 por los escuadrones de la muerte militares. También en el momento más cercano a nosotros, en la Siria desgarrada por una guerra sumergida, donde, en la ciudad de Homs, el jesuita holandés Frans van der Lugt fue asesinado el 7 de abril de 2014. Él

"A pesar de los consejos de sus superiores, nunca había querido dejar solo a su pueblo. "Soy el único sacerdote que queda. Aquí había decenas de miles de cristianos, ahora sólo 66. ¿Cómo podría dejarlos solos? El pueblo sirio me dio mucho, todo lo que tenía. Y si la gente está sufriendo ahora, quiero compartir su dolor y sus dificultades.

Era respetado tanto por los cristianos como por los musulmanes, porque ayudaba a todos. Cuando comenzó la crisis, "cinco familias musulmanas se trasladaron a su monasterio y él se encargó de ellas", recuerdan sus amigos. "Siempre decía: 'No veo cristianos ni musulmanes, sino

seres humanos'. Pero a los terroristas islámicos no les gustaba el padre Frans: "Siempre decía que era un padre tanto para los cristianos como para los musulmanes. Muchas veces los rebeldes lo llevaron ante el tribunal de la sharia para discutir sus creencias, pero él se negó. Decía: 'No voy a hablar contigo de política ni de religión. Todos somos seres humanos. Sólo hablaré de la humanidad'".

El 7 de abril, dos hombres armados y enmascarados entraron en el monasterio donde vivía, tras vencer la resistencia del guardián. No tuvieron ninguna dificultad, porque el misionero siempre decía: 'Yo acojo a todo el mundo'. Quien entre por mi puerta es bienvenido". Lo sacaron a rastras, lo golpearon en la cara, le dispararon dos veces en la cabeza y se fueron. Hoy su tumba, en la ciudad vieja de Homs, "se ha convertido en un santuario, un destino de peregrinación para los cristianos que han regresado a este barrio devastado".

Pero si la fuerza incalculable del martirio no conoce la barrera de las confesiones, parece superar incluso la de las religiones y nos invita a revisar nuestros esquemas y certezas, a repensar de forma más abierta y acogedora a quienes dan testimonio con su vida de la atención. El martirio nos invita a acoger a los hombres y mujeres que dan testimonio de vida independientemente de su fe, porque el milagro del amor -que es también la causa primera del martirio, pero también su misteriosa consecuencia en la historia- no conoce barreras y cuestiona nuestras subdivisiones confesionales, nuestros cercos tranquilizadores de pertenencia. El problema va mucho más allá de lo que Karl Rahner, hace casi cuarenta años, identificó meritoriamente como el paso del mero reconocimiento de la muerte pasiva por la fe a la aceptación de la muerte causada por una lucha activa por la propia fe. Hoy debemos preguntarnos qué pensar de todos los gestos de humanidad y de justicia realizados por quienes, durante cada persecución, arriesgando su propia vida y no pocas veces perdiéndola, se han comprometido a salvar la vida de los demás. Es un caleidoscopio de nombres, historias, credos y nacionalidades que han intentado con sus propias manos oponerse al mal del odio organizado en ideologías opresoras, escuadrones de la muerte, campos de concentración, torturadores expertos, asesinos profesionales, directores insospechados, asociaciones criminales, terratenientes, multinacionales. Creo que es un signo de que Dios sigue manifestándose en las condiciones más extremas de la historia y en el anonimato de la gente corriente que, consciente o no, trabaja en el espíritu del Evangelio. No se trata de querer cristianizar todo lo bueno de la historia, sino de reconocer que Dios actúa - misteriosamente - más allá de todas las divisiones y distinciones, más allá de las fronteras y de su presunta justificación. Como argumentó Jacques Dupuis: "Las tradiciones religiosas en el mundo no

representan principalmente la búsqueda que los seres humanos hacen de Dios a través de su historia, sino la búsqueda que Dios hace de ellos". En esta perspectiva abierta, no se puede dejar de recordar al profesor de primaria keniano Salah Farah, un fiel musulmán padre de cuatro hijos que el 21 de diciembre de 2015 iba en un autobús atacado por los yihadistas de Al-Shabaab. Salah Farah se opuso a la exigencia de los yihadistas de Al-Shabaab de dividir a los pasajeros en cristianos y musulmanes y matar a los primeros, y pidió a los terroristas que los mataran a todos o los dejaran ir. Ante sus palabras, otros viajeros musulmanes también defendieron a los cristianos. Antes de huir, los terroristas le hirieron gravemente y, tras casi un mes de sufrimiento, Farah murió a consecuencia de ello. Había salvado la vida de muchos pasajeros cristianos y, desde el hospital donde estaba ingresado, dijo: "La gente debe vivir en paz. Sólo la religión nos distingue de los cristianos, pero somos hermanos, así que pido a mis hermanos musulmanes que cuiden de los cristianos y viceversa, para que podamos vivir juntos en paz. Esta es la primera y última consecuencia del martirio cristiano inspirado en la no violencia y que nos presentan las palabras de un musulmán: "cuidar y aprender a vivir en paz". Pero sabemos que estas consecuencias sólo pueden alcanzarse mediante un ejercicio de responsabilidad y de conciencia, al hacerse cargo de la vida de los demás, tal y como el musulmán Salah Farah y tantos cristianos y no cristianos, casi siempre anónimos u olvidados, han hecho dando su vida en la "tierra de nadie" de la historia.